

EDITORIAL

El término de una época de la humanidad y el comienzo de otra no ocurren por inexorable sucesión del tiempo, sino por el movimiento del ser en la temporalidad y en la historicidad que le son congénitas. Nuevos y significativos hechos del acontecer del ser histórico son criterio para que los historiógrafos periodicen las etapas diversas de la civilización.

Sólo que los hechos no son tales sino a partir de la racionalidad humana que los interpreta y que les imprime valores, significados y sentidos. Se diría que las épocas cambian al mismo tiempo en que cambia el pensar y que las diversas etapas de la humanidad –por lo menos, en la civilización de Occidente– han estado internamente determinadas por el sucederse de las racionalidades, que son *las formas en que los sujetos hacemos uso de nuestro propio conocimiento*, como afirma Habermas.

Así, el paso de la premodernidad a la primera modernidad estuvo determinado por la crítica de la racionalidad centrada en el objeto y el consiguiente desplazamiento a la racionalidad centrada en el sujeto. Tal fue el mérito de Hegel en su *Fenomenología del espíritu*. El tránsito de la primera a la segunda modernidad fue resultado de la *Crítica a la Crítica del conocimiento de Hegel* y el desplazamiento hacia una racionalidad de la praxis como mérito insigne de Marx.

El cambio de época al que asistimos, sea que se trate de una tercera modernidad o de una diferenciada posmodernidad, también está determinado por la crítica del conocimiento usual y por el encaminarse de los sujetos y

de los conglomerados por modalidades y por empleos de su razón que permiten identificar nuevas racionalidades. Las podemos nombrar racionalidades emergentes, si con ello significamos su condición de antítesis con el modo de conocimiento que ha venido a ser habitual en el proyecto de la modernidad.

*

En efecto, la crítica de la racionalidad funcionalizada ha sido el mérito insigne de Horkheimer en su *Dialéctica de la Ilustración*, tanto como de Habermas en su *Crítica de la razón funcionalista*.

Esa crítica ha consistido en la revisión analítica de los principios de sustentación, de la validez de la argumentación, de los métodos de procedimiento y de sus resultados e impacto social. Desde ahí puede concluirse que la razón especializada y funcionalizada ha dado como resultado la fragmentación del conocimiento y la erosión de la comunicación entre humanos, así como la entronización casi indiscutible de un uso del conocimiento argumentativo y probativo, encaminado casi exclusivamente al provecho individual en términos generales de lucro, de ganancia y de éxito.

La racionalidad comunicativa que se propone como antítesis apunta, en cambio, hacia formas de conocimiento intersubjetivo e interpersonal, teleológicamente enderezado al bien humano y posibilitado por la capacidad de diálogo en orden a establecer consensos fundamentales, ajenos a toda coacción e imposición de unos sobre todos.

*

A su vez, ha sido mérito de Lyotard en su *Condición posmoderna*, la crítica a la pragmática del conocimiento científico y a sus habituales actos de habla y juegos de lenguaje; no para que la humanidad regrese a las cavernas, sino para advertir a la ciencia del derecho humano a la sapiencia.

El saber no se reduce a la ciencia y ni siquiera al conocimiento fundamentado en la lógica de los lenguajes argumentativos, demostrativos y verificativos. La humanidad, en especial, el Occidente tecno-científico, reclaman esas competencias prácticas vitales y experimentales en las que se entremezclan el saber ser, saber vivir, saber ser en comunidad, saber oír, saber hacer. Se trata del emerger de la racionalidad sapiencial y de sus correspondientes lenguajes narrativos, simbólicos, metafóricos y prolépticos, lenguajes entrañables en los que reside lo mejor de lo humano, que la modernidad ilustrada rechazó con desdén y hasta con rabia.

*

El análisis crítico del conocimiento se enriquece hoy también con la crítica de la razón anamnética, según las espléndidas contribuciones de Ricoeur en *La memoria, la historia, el olvido*, y de Metz en *Por una cultura de la memoria*.

Esto, porque el teoricismo y los procesos científicos de universalización, generalización y abstracción (*scientia est de universalibus*) sólo se consiguen a precio de negar la tradición y las tradiciones históricas, los enraizamientos culturales, el derecho a recordar lo sucedido y en especial la historia de las víctimas olvidadas, muertas, humilladas y ofendidas. La pregunta de la teología política de cómo hacer ciencia después de Auschwitz halla su correspondiente en la pregunta sustantiva de la teología de la liberación de cómo hacer ciencia y teología no cínica en medio de la carencia extrema y de la condena a muerte de dos cuartas partes de la humanidad. La *memoria passionis* y las teologías de la cruz son réplica permanente a la amnesia cultural, política y social a la que se refirió con tanta sabiduría Christian Duquoc.

*

En fin, la *Crítica de la razón utópica* ha ido por cuenta de ese gran maestro que es Franz Hinkelammert, en primer

lugar, para develar la utopía de las anti-utopías que caracteriza al pensamiento conservador contemporáneo.

A fuerza de negar las utopías, la rampante ideología neoliberal, por ejemplo, anticipa para ahora *el final de la historia* y proclama como *último hombre* sobre el planeta a ese que surge del modelo antropológico exitoso y ganancioso, anejo a la economía de mercado propia de la última fase del capitalismo internacional. Así lo hizo Fukuyama desde el Departamento de Estado de Norteamérica. Ésta y las demás negaciones de la utopía condenan al pensamiento a lo usual y a lo acostumbrado, a la quietud en lo ya alcanzado, a la conformidad con lo ya establecido.

Hace ya buenos años Thomas Kuhn expuso el modo dialéctico en el que se suceden las revoluciones de las investigaciones científicas, sobre la base hegeliana del movimiento de la historia por tesis y su absorción en su antítesis. La antítesis es la utopía permanente del pensamiento quieto anti-utópico y sin sueños para los nuevos logros. Y el hecho de que no siempre la antítesis utópica esté al alcance de la mano no aduce parálisis de la inteligencia y del espíritu humano para posibilitar lo no pensado y ni siquiera imaginado. Tan solo en el pórtico de entrada al infierno de Dante se lee la macabra inscripción "*O Voi che intrate, lascite ogni speranza*". E infierno de la desesperanza y de la anti-utopía es el que auguran los beneficiarios del pensamiento único y del modelo único de economía y de sociedad en cerradas e interesadas visiones conservadoras de lo establecido.

*

La profunda mutación de los modos y condiciones del pensar, al término de los modelos únicos y hegemónicos, explica de sobra uno de los objetivos de la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana en la planeación prospectiva en la que está empeñada:

La Facultad de Teología se esforzará por asumir e integrar las nuevas racionalidades, estructuras y paradigmas del conocimiento que emergen al comienzo del siglo y del milenio, y que pueden situar la disciplina teológica en los grandes debates de la comunidad científica, en las permanentes elaboraciones y expresiones de la fe apostólica y en la mayor significación, incidencia y servicio en la sociedad y en la Iglesia.

¿Cuál es el valor de las nuevas racionalidades? ¿Cuál es el entronque de las nuevas racionalidades con la disciplina teológica? ¿Cuál es la aportación de las nuevas y emergentes racionalidades para la etapa que ahora se abre de reconstrucción del teologizar? ¿Cuál es la reserva, aún insuficientemente identificada y expresada, de la tradición teológica que pueda ser significativa para las racionalidades emergentes comunicativa, sapiencial, anamnética, utópica, mitológica, simbólica, narrativa?

Este incisivo preguntar encuentra a varios profesores y doctorandos de esta Facultad en plena elaboración de sendas investigaciones, preparatorias para la teología de hoy y de mañana.

El presente número de la revista *Theologica Xaveriana* recoge aportes específicos del seminario doctoral "Temas y problemas de la teología contemporánea", desde el ángulo específico de las nuevas racionalidades emergentes.

Alberto Parra, S.J.
Director de Posgrados

